

AGENDA CIUDADANA

EL CANCELLER, EL EMBAJADOR Y EL ANCLA Lorenzo Meyer

Posiciones.- El canciller mexicano reafirmó hace unos días que la actual política exterior mexicana es realista y no puede ni debe soslayar lo evidente: que tras el fin de la “Guerra Fría”, nuestro vecino del norte es la única superpotencia en el sistema internacional, y que ese hecho sobredetermina las posibilidades de maniobra de México en el exterior. Como sociedad, afirmó el canciller, los mexicanos “estamos estrechamente vinculados por razones de historia, geografía e intereses concretos” al gran poder hegemónico del norte, y esos “intereses concretos” son contundentes: el 91% de nuestras exportaciones tienen como destino a Estados Unidos y de ese país proviene el 67% de toda la inversión externa directa. De los datos duros que hoy definen la relación mexicano-americana, se desprende que, literalmente, para México el mundo externo tiende a confundirse con, y reducirse a, Estados Unidos. Sin embargo, no deja de ser significativo que el canciller haya elegido definir la naturaleza de nuestra relación con el poderoso vecino como “estratégica”, pues ese es un concepto propio del arte de la guerra, y se refiere a la responsabilidad del dirigente de disponer las fuerzas y decidir como, cuando y donde se debe entrar en combate con el adversario. Interesante.

Por su parte, el embajador de la superpotencia ante el gobierno mexicano, también presentó en público su concepción sobre la relación entre su país y el nuestro, pero sin usar un concepto equivalente a “estratégica” para calificarla y resumirla. El diplomático norteamericano eligió como su punto de partida el

subrayar que hoy las relaciones entre los dos gobiernos son las mejores desde que se iniciaron las relaciones políticas entre ambos países hace ya ciento setenta y siete años. Es más, sostuvo que ese buen estado de cosas esta relacionado con el cambio positivo en la naturaleza del régimen político mexicano —que finalmente ya es el propio de una democracia— y con la decisión del nuevo gobierno encabezado por Vicente Fox de configurar su política exterior sobre la base de la aceptación y reconocimiento de la naturaleza singular de su relación con Estados Unidos y de la similitud de valores por lo menos entre los dirigentes de los dos gobiernos.

Así pues, casi al mismo tiempo, el canciller y el embajador decidieron presentar y representar lo que se puede tomar como los extremos del eje alrededor del cual giran tanto la relación bilateral mexicano-americana como la política exterior mexicana y una parte sustantiva de la interior. En efecto, Washington ha refrendado su confianza y apoyo al nuevo régimen y gobierno mexicanos y éste último reitera hoy que su proyecto externo es “realista” y más acorde con la naturaleza del siglo XXI, donde el dominio de Estados Unidos es incuestionable. Según el canciller, el gobierno foxista no va a desconocer el conjunto de principios históricos de la política exterior mexicana, pero sí ha decidido que el esquema del llamado “nacionalismo revolucionario” de la etapa priísta esta superado, entre otras cosas porque el proyecto nacional desde hace al menos veinte años dejó de ser real y se convirtió en un cascaron al que la globalización, la privatización, el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) y el fracaso del modelo económico anterior a 1982 dejaron vacío de contenido. Así, el proyecto nacional de México no puede ser ya el de mantener

una sana distancia frente a Washington, sino el negociar lo mejor que se pueda la extraordinaria cercanía.

Los Foros.- Los dos ejercicios de evaluación y reflexión sobre la naturaleza de la política exterior mexicana en general y de la relación bilateral México-Estados Unidos en particular, tuvieron lugar la semana pasada. Uno fue organizado el 27 de junio en Palacio Nacional para que, ante el presidente Vicente Fox y el cuerpo diplomático acreditado ante su gobierno, el secretario de Relaciones Exteriores, Jorge G. Castañeda, pudiera exponer la esencia del proyecto de política externa del primer gobierno mexicano no priísta en 71 años. Para el canciller, esa esencia es tan clara como fundamental: la política de México hacia el exterior ha cambiado como resultado del triunfo de la democracia, y a partir de ahora debe de servir como ancla del proceso de preservación y consolidación del nuevo régimen. Dos días antes, el 25 de julio, y en El Colegio de México, el embajador norteamericano, Jeffrey Davidow, que se prepara para dejar el puesto –el sucesor quizá sea Tony Garza, Secretario de Estado en el gobierno de Texas del hoy presidente George Bush, y actualmente titular de la Comisión de Ferrocarriles de ese estado--, hizo una síntesis del estado de las relaciones mexicano-americanas y sus posibilidades futuras.

Los Personajes.- El embajador Davidow es un profesional de la diplomacia –uno de los cuatro únicos embajadores de carrera en el servicio exterior de Estados Unidos—, que antes de ser enviado a México por el presidente William J. Clinton, se había desempeñado como Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos en Washington y antes de eso, y tras una carrera en varias embajadas norteamericanas en Africa y América Latina, había sido embajador en

Venezuela y Zambia. En 1984 publicó un libro sobre el proceso de paz en Sudáfrica, lo que sugiere que la solución de conflictos en sistemas autoritarios pudiera ser uno de sus temas de reflexión teórica.

A diferencia de muchos de sus antecesores, Jeffrey Davidow domina el español e incluso puede citar de manera apropiada a un escritor tan mexicano, sutil y alambicado como Carlos Monsivais, y hacerlo para sintetizar la esencia y contradicciones de la visión mexicana sobre el país vecino del norte. Abierto y conciliador, el embajador Davidow ha preferido comprender la posición mexicana y negociar el abanico de temas que conforman la relación entre los dos países –el último es el del agua en la frontera--, que confrontar e imponerse por la vía del uso directo del poder. Durante su estancia entre nosotros, ha optado por subrayar las coincidencias y no las diferencias; ha preferido el modelo de Dwight Morrow por sobre el de James Sheffield, para usar dos ejemplos clásicos de embajadores norteamericanos en el México del siglo XX: el negociador y el simplemente imperial.

El canciller Castañeda, por su parte, proviene de la parte de la clase política mexicana que logró la mejor educación formal. En un gabinete dominado por personajes con carreras dentro del sector empresarial, el secretario de Relaciones Exteriores contrasta por su origen académico y por la experiencia adquirida a lo largo de su recorrido por la parte del espectro político que va desde la izquierda radical al foxismo, y por su conocimiento de las sociedades los sistemas y las fuerzas políticas contemporáneas de México, Estados Unidos, Europa y América Latina. En Castañeda, Vicente Fox tiene una contraparte que, de tan diferente, le resulta muy funcional y casi imprescindible para manejarse en

el gran entorno internacional. Hoy, aunque cada vez menos, es afuera y no dentro de México donde Fox proyecta una mejor imagen, y en buena medida ese éxito es resultado de la labor del secretario de Relaciones Exteriores que, irónicamente, él mismo no ha logrado hacerse de una buena imagen interna.

Las Propuestas.- Para el embajador Davidow, el corazón actual de la relación México-Estados Unidos empezó a latir en la etapa final del PRI. En efecto, al concretarse en 1994 esa gran asociación entre desiguales que es el TLCAN, se desató una dinámica que ha llevado a más que triplicar el intercambio económico que hoy alcanza un valor de 280 mil millones de dólares anuales. El embajador esta consciente que la actitud mexicana frente a tan intensa relación no es unidimensional sino ambivalente, pues fluctúa entre considerarla como la gran oportunidad o como la gran amenaza. La propia percepción norteamericana de la relación no fue abordada por el diplomático norteamericano, quizá porque para el grueso del público de su país México ni siquiera aparece en su campo de visión. Sin embargo, y pese a la asimetría, es posible que al norte del Bravo se reproduzca la misma ambivalencia que existe al sur: para Estados Unidos México puede ser considerado una oportunidad económica, fuente de mano de obra o de energía y de cooperación para asegurar la frontera contra el terrorismo, que ser visto como el origen de una migración indeseada e incontrolada, una influencia cultural ajena, que no se asimila con facilidad (10 millones de personas nacidas en México viven hoy en Estados Unidos), como origen del narcotráfico y como una amenaza si la corrupción e ineficiencia del gobierno mexicano lleva a que la ingobernabilidad avance al sur del Río Grande.

En lo expresado por el embajador ante su audiencia académica, resaltó la propuesta de no conformarse con los cambios detonados por el TLCAN, sino ir mucho más allá hasta dar forma en un futuro no especificado a una política de fronteras abiertas y, finalmente, hacer realidad en el contexto de la integración económica entre desiguales, lo que México ha buscado desde hace casi dos siglos: el salto cualitativo que le permita alcanzar la calidad de país desarrollado. Ni duda que para el interés y la seguridad norteamericanas, el proyecto de largo plazo es que el vecino de la frontera sur, se asemeje algún día al vecino y socio de la frontera norte: al prospero, estable, democrático, muy seguro y confiable, Canadá. Pero mientras eso ocurre, habrá que administrar lo mejor que se pueda los conflictos y contradicciones del presente, como los del agua o el narcotráfico, la migración o el tránsito camionero, el proteccionismo o los problemas ambientales, por mencionar algunos.

El Ancla.- Desde la perspectiva del canciller mexicano, tras el fin de la II Guerra Mundial y hasta el final del siglo XX, el régimen mexicano asentó su estabilidad autoritaria, la *pax priista*, en el espacio creado y sostenido por el delicado equilibrio creado por la confrontación cotidiana entre los dos grandes bloques, el soviético y el norteamericano. De ahí el apego del viejo régimen mexicano al principio de la “no-intervención” y a sus derivados, como la “doctrina Estada”, el asilo a los perseguidos por la derecha o la política hacia la Cuba revolucionaria. Ese tipo de posiciones permitían a los gobernantes mexicanos desarrollar un discreto juego internacional como parte de uno mucho mayor --el equilibrio del terror de las superpotencias--, e insistir en demandar una independencia relativa frente a Washington a cambio de garantizar estabilidad

interna, anticomunismo también discreto y un discurso nacionalista que cubría la realidad antidemocrática y la derechización. Sin embargo, ese gran marco bipolar dejó de existir y ha sido sustituido por otro cuya característica es la hegemonía norteamericana, la unipolaridad, la obsolescencia del anticomunismo, y una nueva agenda donde la apertura de mercados y la privatización se mezclan con el respeto a los derechos humanos y la valoración de la democracia política.

El canciller Castañeda propone hoy que si bien en el pasado el entendimiento del régimen mexicano con Washington desde el acuerdo Calles Morrow de 1927 hasta el año 2000, y la defensa del principio de “no intervención” fueron, de hecho, el ancla externa de la estabilidad priísta, hoy puede lograrse lo mismo para los que derrotaron al autoritarismo. En otras palabras, México logró la democracia a pesar del apoyo norteamericano al PRI, pero ahora esa democracia puede reciclar a la vieja ancla de la estabilidad autoritaria mexicana, es decir, al acuerdo de fondo entre el gobierno y Washington, y hacer que funcione en su favor. Para lograrlo, según el canciller, hay que reconocer y adaptarse de manera inteligente a los cambios en el entorno internacional. Y para que el gran abrazo económico norteamericano no asfixie al régimen democrático mexicano, debe de recurrirse a la política: al activismo despabilado en foros multilaterales y a bilateralismos vigorosos alternativos al eje México-Washington. En principio, lo expuesto por el canciller no se contrapone al diagnóstico y propuesta del embajador, pero habrá que ver como se plasma esa sofisticada teoría del ancla en el mar proceloso de la práctica.